

BAILAR SIN DESCARRILAR

HUGO PELALLO

Anabella Aparicio



Su amor por la noche y el *breakdance* lo obligó a empezar a trabajar. A él no le gustaba estudiar, pero no tenía opción. Su padre le dijo que tenía que entrar al liceo o ingresar al mundo laboral.

Cuando él y sus amigos se enteraron que había “un lugar en el que les pagaban por aprender”, no lo dudó. Eran cuatro o seis horas, ganaba plata para ayudar en su casa y para salir a bailar de jueves a sábado, a disfrutar del apogeo de la música electrónica. Y no tenía que pensar a quién pedirle plata. Porque los préstamos, luego deben saldarse.

Hoy Hugo Pelallo tiene 36 años y sigue saliendo a bailar, pero con menos frecuencia. Sentado en un banco como los del liceo, con la mesa bajo el brazo derecho, recuerda esas épocas con un poco de nostalgia. Más que nada cuando llega al local de El Abrojo, ubicado en Capurro, donde una manada de niños atraviesa corriendo entre gritos, de un lado al otro, rumbo a los salones. Él los ve y sonrío, porque fue uno de ellos hace 11 años. Llegó sin saber qué hacer y hoy vuelve a reparar el local siendo un padre de familia y obrero de la construcción con 15 años de experiencia.

Hugo nació y pasó su vida en el barrio La Teja. Tiene seis hermanos de “una familia muy unida”. Es hijo de un pescador, feriante, mecánico, o lo que necesitara ser su padre para llevar “una moneda para la olla”; y de una ama de casa y limpiadora. “A mi padre le decimos MacGyver, porque él siempre tenía de todo y le buscaba la vuelta a las cosas. Hasta arreglaba televisores, tenía la casa llena de los aparatos viejos”, comenta sonriendo. Y cuenta que ese “espíritu luchador” de sus padres fue algo clave para él en la adolescencia.

Cuando era chico, recuerda que esperaba que su papá y su hermano volvieran de pescar y trajeran la bolsa llena con lo recaudado en el día. Él no podía acompañarlos porque era muy pequeño. Pero entrado en la adolescencia, tuvo sus primeras experiencias laborales los domingos en la feria en La Teja. “Me acuerdo siempre del frío que hacía, era tremendo.” Su padre conseguía repuestos en los remates y luego iba a venderlos allí.

“A las seis de la mañana ya estábamos levantados, aprontábamos el mate y con el carro armado arrancábamos para la feria caminando, porque si no llegábamos temprano, perdíamos el lugar”, recuerda.

Su hermano siguió con la feria y la pesca artesanal, a eso se dedica hasta hoy. Pero él encontró su vocación en la construcción, y la halló por casualidad.

“Terminé la escuela y no quería estudiar, no me gustaba. Iba al liceo a hacer puerta con mis amigos nomás. Hice algunos cursos de electricidad pero tampoco me llamaba la atención y me quedé ahí. Después me enteré que en el Centro Juvenil estaba el programa Girasoles. Yo no sabía agarrar ni una pala, me daban una cuchara y yo sabía que era para comer nomás. Quería trabajar porque mi padre ya me había dicho tenía que agarrar para algún lado. Vimos esto con los gurises de la calle y nos pareció bueno.”

Hugo conoció El Abrojo a fines de 1998, porque le dijeron que había varios cursos, entre ellos el de *breakdance*. Maravillado por la música de Jazzy Mel que bailaba su hermano en su casa cuando era niño chico, había empezado a conocer más del género rap y quería aprender a bailar. Mientras iba a las clases de baile, se enteró del programa Girasoles, y se abrió una oportunidad inesperada para él.

“Nunca pensé que me fueran a llamar, porque era nuevo en el lugar y me faltaban unos meses para cumplir 18”,

recuerda. Ya con su permiso de menor pronto para trabajar, empezó su primera experiencia laboral formal. Recuerda una anécdota, que en su primer semana de trabajo la ansiedad le ganaba y querían hacer el trabajo rápido. “Cuando nos ve el funcionario de la Intendencia nos dice ‘No, no, vayan despacio que tenemos hasta las 12’”, comenta entre risas.

Por su desempeño y su interés, es que poco después fue seleccionado junto a otro compañero para participar del Proyecto Cazabasurales, también un plan sociolaboral para jóvenes. Allí se les enseñaba a restaurar zonas donde antes había acumulación de residuos. También tenían cursos técnicos sobre construcción y jardinería.

En estos procesos aprendió el arte de la albañilería. Allí encontró su profesión. “Hoy me dedico a la construcción y a la pintura porque me gustó, se me hizo fácil, y no te voy a mentir... me gusta la plata también”, dice, y sonrío.

Guillermo Elizalde fue el tallerista que más lo marcó, y que le enseñó a poner dedicación a lo que hoy es su sustento. “Gracias a El Abrojo empecé, y terminé de hacer el oficio con él. Fue la persona que me dio un impulso para salir adelante. Siempre nos decía ‘gurises, la mano en el bolsillo no. La postura también hay que cuidar’, esos consejos para que cuando fuéramos a pedir trabajo no dijeran que nunca habíamos hecho nada. Nosotros no teníamos ni idea, nos poníamos las manos en el bolsillo porque teníamos frío o porque sí. Y así fuimos aprendiendo esas cosas.” También aprendió a cumplir un horario, cumplir todos los días y ser responsable en su tarea. Palabras que se leen fácilmente, pero difíciles de poner en práctica.

Guillermo también lo recuerda. “¡El Huguito!”, exclama y sonrío. “Lo aprecio pila y le tengo un gran cariño. Se caracteriza por ser muy curioso y perseverante. Siempre preguntaba todo. Creo que él se dio cuenta que ésa era la salida.

Y es uno de los pocos que siguió dedicándose a la construcción como profesional."

Hugo destaca que además, había educadores que le hacían un seguimiento, los alentaban a estudiar y a seguir adelante, lo que para él fue de mucha ayuda en su adolescencia. "Porque viste que a veces, hay gurises que se descarrilan. Uno a veces mira la fácil, porque decís ¿para qué voy a laburar 8 horas si voy, robo y ta?"

"Sin darse cuenta era como un líder nato en el grupo. Y siempre era el que organizaba todo lo que fuera comida o diversión. El asado de los viernes era como su meta", agrega Guillermo.

Luego de terminar los programas, siguió trabajando de forma particular con Guillermo y eso le permitió pasar de ser peón a oficial finalista, una de las categorías más altas en el rubro, lo que le permite tener un mejor salario. Se ganó el cariño de muchos educadores y funcionarios de El Abrojo, y eso le abrió puertas en muchos lugares para llegar a trabajar de forma independiente.

"Vivía bailando *hip hop* de madrugada", recuerda Guillermo, "pero a pesar de eso nunca llegó tarde al trabajo". Y arrancaban muy temprano, a veces antes que saliera el sol.

\*\*\*

Su trabajo también le dio compañeros de baile, sus amigos de andanzas. Hace más de 15 años que Hugo está "en la movida", siempre se dedicó a hacer "piruetas en el suelo", y asegura que es conocido en el ambiente. Por eso no sólo concursó en varias competencias, sino que también fue convocado como jurado en otras. Era el hobby que ocupaba sus horas después de la construcción. Y así pasaba sus días, obviamente, sin dejar de salir a bailar.

Su contacto con la calle y con la noche le enseñó muchas cosas. Si bien asegura que siempre estuvo cerca de esa delgada línea entre el bien y el mal, probó marihuana pero no le llamó mucho la atención, y hasta hoy solo consume alcohol cuando sale o en su casa. Y vuelve a mencionar que su familia siempre estaba, lo que marcó mucho su camino.

En 2014 se alejó por un tiempo de su tan amado hobby ante la llegada de un nuevo desafío: ser padre. Llegó Amy y sumó otro amor a su vida, esto también lo incentivó a seguir trabajando. Junto a quien hace 10 años es su mujer, lograron comprar un terreno en su Teja natal y de a poco ir usando sus conocimientos de construcción para hacer su propia casa. Ya hace ocho años que vive en ella y agradece que fruto de ese esfuerzo no tiene que pagar alquiler. Principalmente lo recuerda a fin de mes. Según él, administrar la plata para sobrevivir cada mes ha sido una de las cosas más difíciles que le ha tocado encarar, ya que en su rubro muchas veces el trabajo escasea y tiene que aplicar lo que hacía su padre, “buscarle la vuelta para que no falte para la olla”. Pero con su cabeza pensando en nunca bajar los brazos, así logró salir adelante.

\*\*\*

La historia de Hugo quizás es diferente a las demás, porque es una persona que no tiene problemas de consumo de sustancias, no cometió delitos, y tampoco vivió estas situaciones en su familia. Pero su desafío fue siempre convivir con estas realidades, no “descarrilarse”, y sobrevivir a ellas, incluso intentando ayudar a personas cercanas.

“Yo vivo hace diez años en la parte de adelante de un asentamiento y tengo que caminar como ocho cuadras para tomar el ómnibus, cruzar la ruta, y tengo una nena, el plan sería a futuro juntar unos pesos y poder mudarnos. Todos los

barrios tienen sus problemas, el barrio es bastante prolijo, nunca me pasó nada pero es una pasada de pastosos”, comenta en referencia a consumidores de pasta base que transitan por la zona camino a las bocas de venta de droga.

“Andan gurises en moto robando y pasan por abajo del puente, dos por tres vez que la policía los anda correteando. Entonces ves que no es un buen lugar para criar a una familia.”

A pesar de ser joven, siente el cambio generacional y ve la diferencia entre lo que fue su adolescencia y los adolescentes de hoy. Incluso relata con pena la situación en la que están personas de su edad, que optaron por otro camino.

“Por la maldita pasta base, los gurises se pierden. El sobrino de un vecino que andaba con nosotros de arriba para abajo cuando éramos más chicos, se metió hace como diez años en la droga. Yo tengo un amigo que logró salir (de la adicción) y hoy está en Remar creo que hasta es pastor. Le conseguí el contacto a este muchacho. Fue, estuvo un tiempo y se escapó, volvió a caer. Entonces, vos les hablás y no entienden”, lamenta.

“También tengo un sobrino de 22 años que está preso hace dos años. Hablé con él cuando era adolescente, lo llevaba a bailar conmigo porque le gustaba el *breakdance*, pero bueno, buscan la fácil”, agrega, con gestos de resignación.

Hoy, con el claro objetivo de darle el mejor futuro a su hija, su “princesa”, Hugo sigue buscando oportunidades de trabajo y de mejorar su calidad de vida. Y recordando siempre lo importante que es “ser un luchador”, como le inculcaron sus padres y sus educadores.